

Por la tarde volvió á verles, trayendo consigo ricos obsequios; y sentando cerca de sí á Cortés, le dijo reconocerle como enviado de Quetzacoatl, y que él, cediendo á la voluntad de los dioses, se le sometía, y al Rey de España, su señor.

¡Á tal grado de envilecimiento llegó un monarca tan temido y respetado, de antecedentes guerreros tan gloriosos y en la plenitud de la vida y el poder! ¡Tales son los frutos del fanatismo, de la molicie y de la tiranía!

CAPÍTULO V

Cómo era Motecuhzoma.—Aspecto de Tenochtitlán.—Su población.—Tianquiztli de Ttalelolo.—Tesoro de Axayácatl.—Prisión de Motecuhzoma.—Suplicio de Cuauhpopoca.—Rapacidad de Cortés.—Expediciones á Pánuco y Coatzacoaleco.—Profanación del gran Teocalli.—Altar á la Virgen María.—Noticia de la llegada de Narváez á Veracruz.

Era Motecuhzoma, según Bernal Díaz, de edad hasta de cuarenta años, de buena estatura y bien proporcionado, cenceño y de pocas carnes, de color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y tenía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, pocas barbas, prietas, bien fuertes y ralas, el rostro algo largo y alegre, los ojos de buena manera, y mostraba en el mirar por un cabo amor, y cuando era menester, gravedad. Era muy limpio y diariamente se bañaba.

De su fausto, esplendidez y demás cualidades nos hemos ocupado en la segunda parte de este libro.

Al día siguiente de su llegada á México, pasó Cortés á corresponder la visita á Motecuhzoma, acompañado de sus capitanes, y entre las varias cosas de que habló con el Emperador fué de lo tocante á religión, aunque sin resultado: tanto él como los suyos al despedirse recibieron buenos presentes de oro, joyas y ropa fina.

Convenía á D. Hernando conocer la localidad, y por eso fué que, recabado permiso del Emperador, se dió á recorrerla, yendo á caballo y acompañado de sus capitanes y más esforzados peones.

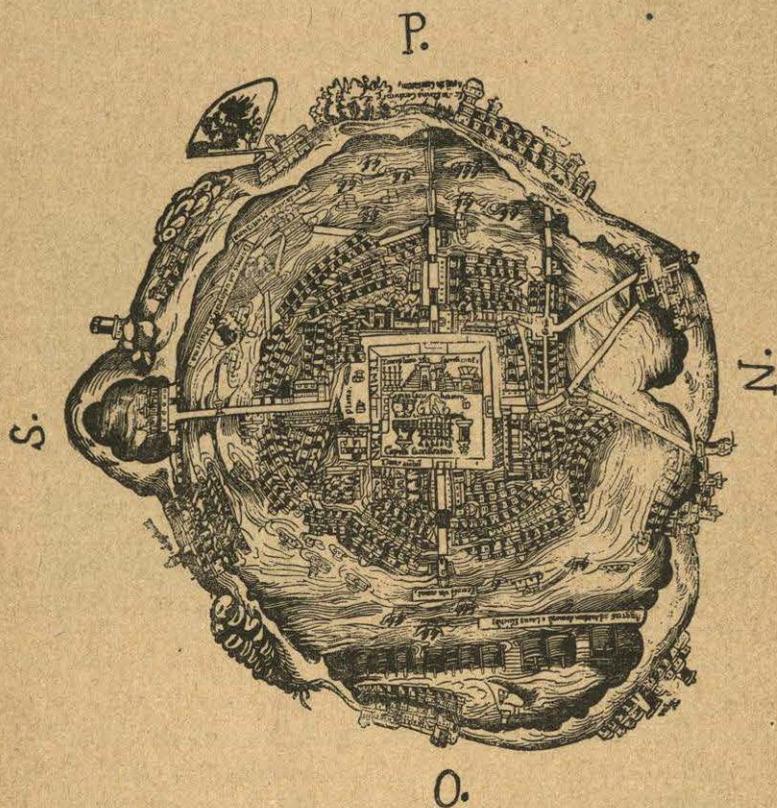
La Tenochtitlán de aquel tiempo era una Venecia india y tenía su principal asiento en una pequeña isla rodeada toda por el lago; sólo tenía comunicación con la tierra firme por medio de algunos diques ó calzadas, interrumpidas de trecho en trecho para permitir el curso de las aguas, y comunicadas en estos puntos por puentes movibles. La ciudad, que se extendía en la forma de un tablero de ajedrez, tenía muchas calles, pocas largas y anchas, cortas y estrechas en su mayoría. Grandes canales ó acequias la cortaban en todas direcciones, y por ellos cruzaban diariamente numerosas canoas (30.000 al diario) conduciendo víveres y pasajeros.

Resaltaban de entre las construcciones los palacios del Soberano, y ocupaba el centro de todas ellas el gran Teocalli y el palacio en que vivía Motecuhzoma. Cuatro grandes calzadas dividían la ciudad en los cuatro vientos cardinales: la que condujo á los españoles á Tenochtitlán guiaba en dirección Sur al fuerte de Xoloc, dividiéndose allí en dos brazos que iban á parar á Iztapalapán y Cuyoacán; otra conducía al Norte hasta el Tepeyac; una tercera en dirección Poniente á la ciudad de Tlacopán, y la cuarta hacia el Poniente. Da una idea bastante justa del conjunto de Tenochtitlán, á vista de pájaro, el plano que ilustra las cartas de Cortés, impresas en Nuremberga el año 1524, lo mismo que el de la «Relación» del conquistador anónimo.



Motecuhzoma.
(Sandoval.)

Respecto á la población de ella hay opiniones, asegurándose que tenía 120.000 casas con un total de 200.000 almas cuando menos. Dirigieron los españoles sus primeros pasos al gran mercado ó *Tianquistli de Tlatelolco*, situado en la parte Noroeste de la ciudad, quedando asombrados, prime-



Plano de la ciudad de Tenochtitlán.

(De un grabado en madera de la edición de las cartas de Cortés al emperador Carlos V, impresa en Nuremberga en 1524.)

ro, de la gente que al diario acudía, pues pasarían de 60.000 personas, y después de la inmensa variedad de objetos que en él se expendían. Cada mercancía tenía su lugar señalado para evitar confusiones. La plaza mercado estaba circundada por galerías de columnas y en el centro de ella se elevaba

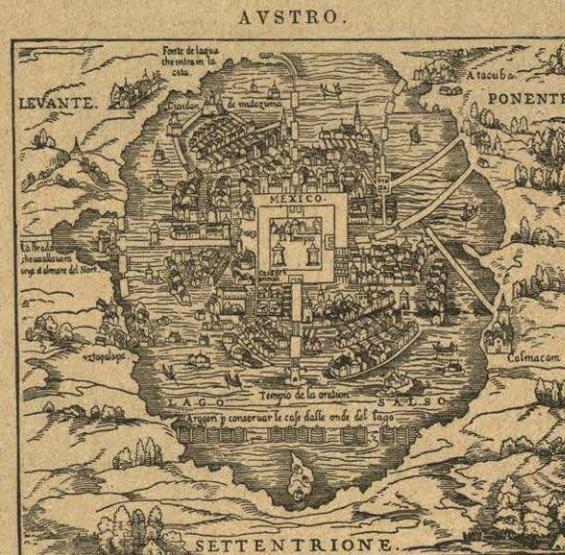
un bello edificio en que residían los jueces para revisar las mercancías y dirimir todas las cuestiones que se presentasen entre mercaderes y compradores.

Se vendía por número y medida, pues no dice el cronista Bernal Díaz que se usasen pesos; el pago era á cambio de objetos, aunque se tenían como monedas calculadas los granos ó semillas de cacao, las plumas ricas, ciertas mantas tejidas y tubos de plumas de aves con pepitas de oro. Largo sería enu-

merar los comestibles que en su estado natural y condimentados se vendían, ni las bebidas, telas, vasijas, muebles, sogas, madera labrada, metales, mosaicos de pluma, así

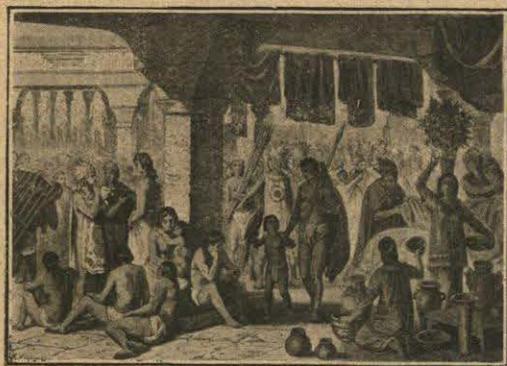
como también plantas, macanas, flechas, dardos, porras, ichcahuipiles, rodela y demás pertrechos guerreros. Ungüentos, pomadas, aguas y hierbas medicinales, animales vivos, redes y todo lo de caza y pesca, allí también se encontraba, sin faltar barberos, ni cargadores para transportar los efectos comprados.

Dejando el animado y pintoresco mercado, se volvieron por el mismo camino andando hasta el gran Teocalli, á cuya entrada les esperaba Motecuhzoma: desde su principal y



Plano de la antigua ciudad de México, en la «Relación» del Conquistador anónimo.

más alta plataforma contemplaron el bello panorama de la



Mercado de Tlaltelolco. (Armin.)

ciudad azteca, y debió también calcular Cortés todo lo peligroso y difícil que sería abandonarla en caso de fuga ó derrota. Parece que en él quiso volver á tratar con el Emperador la cuestión de religión, á lo que rotundamente y con energía éste se negó, y sólo permitió que los españoles erigiesen en su alojamiento un altar, y allí se dijo misa hasta que concluyó el vino. Al hacer esa obra se descubrió una puerta tapiada, y por ella dieron con el tesoro de Axayacatl, del que dispusieron los españoles sin ningún escrúpulo. Por esos días, ó un poco antes, sucedió que resistiéndose los zempoalteca á pagar el ordinario tributo á Motecuhzoma, penetró en su territorio en són de guerra



Templo maya de México y sus anexos. (Armin.)

Cuauhpopoca, señor de Nautlán, y, como acudiese en ayuda

de aquéllos el capitán Juan de Escalante, se trabó un serio combate en que el cacique invasor fué derrotado, costando la victoria la vida de Escalante.

Comprendiendo Cortés la difícil posición en que estaba colocado y el ningún fruto que hasta entonces había obtenido y sí los grandes peligros á que estaba expuesto, no obstante las promesas de alianza de los enemigos de Motecuhzoma, reunió entonces en consejo á los capitanes Alvarado, Sandoval, Velázquez de León, Ordaz y 12 soldados distinguidos, entre los que iba Bernal Díaz, para determinar lo que había de hacerse en el porvenir. Después de vacilaciones y opiniones encontradas, se resolvió prender á Motecuhzoma y llevarlo al alojamiento de ellos.

Temeraria era la empresa y de no fácil ejecución, ni menos de buenos y seguros resultados, por más que entre la residencia de éste y la de aquéllos no mediase más que el ancho de una calle.

Se tomó por pretexto el ir á quejarse de la muerte de Escalante, y quedando el ejército sobre las armas, listos los caballos y á punto la artillería, se dirigieron á palacio acompañados por D.^a Marina, como intérprete.

Desde luego fueron recibidos, y expuesta la queja, agregando que aquello, según se decía, se había ejecutado por orden del mismo Emperador, éste, para sincerarse, les dijo haría venir á Cuauhpopoca y lo castigaría, haciendo al efecto entrega á uno de sus súbditos del sello real para que viniese el cacique á su llamada. Mostrándose conformes en parte, Cortés pidió al Rey, como una prueba de lealtad y garantía á sus personas, que fuese á vivir con ellos á su alojamiento hasta tanto aquel castigo no se efectuase: indignado Motecuhzoma rechazó desde luego la petición, y esto ocasionó una discusión acalorada de los españoles entre sí, al grado que, irritado y con semblante feroz, propuso Alvarado matar allí mismo á estocadas al Emperador.

El terrible ceño y ademanes del capitán Alvarado, unido

á la comunicaci3n que de sus frases le hizo Marina, aterraron tanto al infeliz Motecuhzoma, que viéndose solo y sin defensa posible, accedió á la pretensi3n, y ordenando el pronto arreglo de su litera, siguió á los espańoles, ingresando con ellos en su cuartel.

La noticia del suceso cundi3 r3pidamente por la ciudad, y aunque ya mediaba la tarde, el pueblo comenz3 á alborotarse, teniendo el Emperador que ordenar se calmase, asegur3ndoles que por su voluntad, y siguiendo3 rdenes de los dioses, hab3a dado aquel paso. Cerca de las habitaciones de D. Hernando se arreglaron las de Motecuhzoma con toda magnificencia, tray3ndole sus hijos, mujeres y los grandes de su servidumbre. En nada alter3 sus costumbres, y sigui3 mandando y disponiendo cual si aun fuese emperador de M3xico. Con la apariencia de tributarle honores dispuso Cort3s una h3bil y rigurosa guardia en su derredor, as3 es que todo intento de fuga 3 liberaci3n era imposible.

Á principios de Diciembre lleg3 Cuauhpopoca á M3xico en uni3n de su hijo, 15 nobles guerreros y de los tres espańoles que acompańaron á los enviados de Motecuhzoma; respondi3 con altivez y nobleza á las interrogaciones del jefe espańol, y 3ste, sin estimar en nada la nobleza del cacique, mand3 quemarlo vivo con su hijo y acompańantes frente al Teocalli, ordenando á la vez que se le pusieran grillos á Motecuhzoma, diciendo hac3a aquello con 3l por haber confesado el reo que todo lo hab3a hecho por su mandato.

No puede menos que censurarse tan vil conducta de Cort3s, pues todo lo que le engrandece el h3bil y valiente acto de prender al apocado monarca, lo deprime y degrada el horrible suplicio del leal y heroico Cuauhpopoca y el de sus irresponsables compańeros, á la par que la in3til humillaci3n de Motecuhzoma.

Se dedic3 luego despu3 Cort3s á reunir la mayor cantidad de oro posible, y para este fin comenz3 por mandar á fines de Diciembre á Tezcoco una parte de sus tropas, al

mando de los hijos de Nezahualpilli, y ya en camino, un enviado del Emperador habl3 aparte al pr3ncipe Nezahualpilli recomend3ndole de parte de Motecuhzoma el buen trato de los blancos; 3stos interpretaron aquello como una traici3n, y sin averiguar nada le dieron de palos al joven Pr3ncipe y le volvieron ante Cort3s, que sin otra raz3n ni averiguaci3n, lo hizo ahorcar en el acto.

Mand3 luego exploradores por todo el pa3s para que buscasen oro, y especialmente á la Chinantla, Tochtepec y Tamazolap3n, y con el auxilio del mismo Motecuhzoma arregl3 dos expediciones, una á P3nuco y otra á Coatzacoalcos, aprovech3ndolas para formar alianzas con los seńores de aquellas tierras, enemigos de M3xico. Creci3 la arrogancia de Cort3s con todas estas condescendencias del Monarca, ayudado por la impasibilidad de sus s3bditos; pues si bien es cierto que los Reyes de Tlacop3n y Tezcoco se alejaron de Motecuhzoma disgustados por su apocamiento y con 3nimo de libertarle, luego les mand3 llamar 3ste y entreg3ndolos á Cort3s fueron puestos en *la cadena grande*, á la que tambi3n se agregaron otros muchos principales de M3xico y de los seńor3s del Valle. So pretexto de reunir el tributo para el Rey de Espańa, mand3 D. Hernando varios de los suyos, acompańados del Calpixque [de M3xico, á que recogiesen oro, cometiendo con este pretexto infamias y depredaciones. Alvarado march3 á Tezcoco, y aunque ya se hab3a tra3do el tesoro de Nezahualc3yotl, se [pidi3 m3s á Cuicuitzcatz3n, quien di3 por valor de unos 10.000 castellanos, y como no pudiese dar m3s, aqu3l le at3 á un palo de pies y manos y le quem3 el abdomen con brea derretida.

Producto de estas rapińas fueron m3s de lo equivalente á \$ 3.000.000 oro de nuestra moneda; de 3l se sac3 «el quinto del Rey» y con el resto hizo Cort3s *el reparto del Le3n*, al grado que á los pobres soldados vino apenas á tocar á cada uno cien pesos de oro.

No contento todav3a Cort3s con eso, y quiz3 no satisfecho

de las condescendencias del infeliz Emperador, quiso que públicamente y con las fórmulas legales declarara Motecuhzoma sumisión al Monarca de Castilla; para ello reunió á todos los nobles que tenía presos, y en una sala de palacio exigió ante ellos y los capitanes de su tropa la declaración de vasallaje, que hizo ante el escribano Pedro Fernández, y éste extendió el testimonio correspondiente.

Subieron á más las pretensiones de Cortés, que se resolvió entonces á hacer una demostración de su poder derrocando los ídolos y sustituyéndolos por la cruz cristiana: al efecto, se dirigió un día al gran Teocalli, y subiendo con los suyos al Tlillán, con una barra de hierro comenzó á romper los muchos ídolos que allí había. Pronto llegó á noticias de Motecuhzoma el sacrilegio, y pidiendo permiso, se dirigió al lugar del atentado; allí conferenció con Cortés y consintió en que se convirtiese aquella parte del Teocalli en templo cristiano, colocándose allí una imagen de la Virgen María y otra de San Cristóbal, pero que se le entregasen sus dioses.

Aquel paso innecesario y muy imprudente de Cortés estuvo á punto de sublevar á los Méxica, y de ello se le avisó al Emperador, quien le aconsejó que, puesto que había ya obtenido el reconocimiento al Rey de España, saliese de la ciudad con su ejército para evitar el peligro.

Contestó Cortés serle imposible por falta de navíos, y entonces Motecuhzoma le proporcionó obreros que marcharon á la costa á trabajar bajo la dirección de los carpinteros de ribera Martín López y Andrés Núñez.

Ocho días llevaban de haber salido los carpinteros cuando Motecuhzoma avisó á Cortés el arribo de unos navíos con españoles: la primera impresión de esta noticia fué de gozo y alegría, creyendo serían los refuerzos conseguidos por los procuradores; veremos luego cuán distinta fué la posterior noticia.

CAPÍTULO VI

Objeto que tenía la expedición de Narváez.—Sale contra él Cortés.—Resultado de ello.—Conducta de Alvarado en México.—Matanza del gran Teocalli.—Sublevación del pueblo de México.—Ataque al cuartel español.—Llegada de Cortés á México.—Asaltos y combates.—Motecuhzoma herido por Cuauhtemoc.—Muerte de Motecuhzoma.

Gonzalo de Sandoval, que sustituyó al desgraciado Escalante, escribió luego á Cortés diciéndole que los recién llegados eran enviados de Velázquez, con orden de separarle del mando y mandarle preso á Cuba.

Y así lo era en verdad, pues que despechado Velázquez de la violenta partida de Cortés, y no habiendo podido apresar la nave de los procuradores de él, alzó una nueva armada para venir en persona á tomar posesión de lo que él juzgaba suyo y le había defraudado Cortés. Sabedora la Audiencia de Santo Domingo de tal determinación, y temiendo las graves consecuencias que ello podía traer, nombró en comisión á Lucas Vázquez de Ayllón para que fuese á Cuba, con amplios poderes é instrucciones. Éste no logró más sino que Velázquez sustituyera su lugar con Pánfilo de Narváez, ordenándole requiriese pacíficamente á Cortés, y en caso de resistencia, fuese la nueva armada á poblar otras tierras.

Constaba esta armada de 19 naves, 1.400 soldados, de los cuales eran 80 de á caballo, 90 ballesteros y 60 arcabuceros; 20 piezas de artillería y 1.000 indios de Cuba para el servicio. Se hizo á la vela á principios de Marzo de 1520, y después de haber recorrido el mismo camino que Cortés, llegó á la costa á principios de Abril.

Contra la opinión del comisionado Ayllón, desembarcó Narváez y fundó luego una villa; á ella llegaron emisarios de Motecuhzoma con presentes, y á éstos les hizo saber el